

'Ingrato Progreso'

Ya no puedo seguir siendo el habitante inútil de tu escritorio, Ana. No soporto verte escribir de amor de esa forma mecánica y fría, sin gastar las horas sujetándome en busca de una esquivia inspiración. Ahora prefieres, mercenaria cruel de las nuevas tecnologías, asistirme en tus amorosas misivas de un artilugio impersonal, gris, tachonado de botones que pulsas, enfebrecida, cada vez que te sacude el impulso de decirle al amante de turno cuánto lo quieres, o por qué lo amas, o por qué, quién sabe, todo ha terminado. Mientras te vigilo, enfurecida, impotente y triste, desde este lapicero que pasó sin una advertencia de trono a cárcel, escupes sobre el portátil todas esas palabras que antes eran mías, que nacían de mis entrañas y se volcaban en frases azules de imponderable hermosura sobre las cuartillas que, como yo, también han sido sustituidas por sobrios DIN A-4 que aguardan tu orden de ser impresos. Palabras negras sobre fondo blanco, magia también negra que las traslada del monitor donde desgastas tus ojos a esos folios satinados, impersonales, donde no queda, una vez que los doblas en tres y los introduces en un sobre apaisado, ni un solo rastro de ti.

Y recuerdo, encogido mi pobre corazón de tinta, las cartas de amor que nacieron de ti y crecieron en mí para acabar, rendidas, exhaustas como nosotras, en las cuartillas ahora olvidadas...ellas no nacieron para ser homogéneas páginas de letras Times New Roman, márgenes simétricos y espaciado sencillo. Acéptalo, Ana... tus cartas, hoy, no despiertan nada porque no son otra cosa que una muestra del catálogo de cartas del asistente del Word, sin nombre ni identidad propia, una más entre las docenas de misivas informatizadas que otros esclavos de la ciencia utilizan como único camino para comunicarse. Pero el Amor no sabe caminar sobre teclas, Ana, no intentes deshumanizarlo. Él no lo consentirá.

¿Es que ya no recuerdas nuestras cartas? Manchadas con tus lágrimas, de líneas apretadas por la rabia, de caligrafía dispersa según te venciera el ánimo o la tristeza, salpicadas de tachaduras que trataban, inútilmente, de conjurar el insulto brotado por la traición, insulto que después intentabas disfrazar con un ropaje más dulce, y así, el desgraciado pasaba a ser meramente desagradecido, el “no vuelvas nunca” se retocaba, en letra más insegura, con un “a menos que jures no volver a verla”. ¿Recuerdas las cuartillas casi desnudas, que no pudieron llenarse de disculpas que no te atreviste a

confesar? ¿Recuerdas otras que se te hacían diminutas en las manos, mientras me apretabas con dedos agarrotados y tratabas de condensar en tinta el alcance cruel de tu sufrimiento? Yo, convertida en la privilegiada artífice de tu desconsuelo o tu alegría, derramé sobre las ya desterradas cuartillas el caudal, entonces inagotable, de tu inspiración... y, a cambio, cuidabas mi apostura de estilográfica orlada en plata, rellenabas con afecto mi cartucho, pulías mi cuerpo con un paño suave y protegías siempre mi indefenso aguijón literato...

.... hasta que un último amor equivocado olvidó, al marcharse, su portátil, rompiendo, en un mismo gesto, tu corazón y el mío.

Sí, tú encontraste un inesperado consuelo en el Microsoft Office, pero, para mí todo acabó ahí.

Hace unas semanas, sin embargo, alguien me hizo concebir esperanzas...quién lo hubiera dicho, un hombre de apariencia tan vulgar, tan rudo en apariencia, y, sin embargo...recuerdo que me miró, me tocó con delicadeza con sus dedos rugosos y suspiró quedamente al dejarme, otra vez, sobre la mesita del vestíbulo. Supe, en aquellos breves instantes, que planeaba para mí encendidos poemas que ahora le queman el alma. Pero tú apareciste, inoportuna.

Y él se marchó.

Aun así, Ana, he decidido abandonarte, es para mí responsabilidad sagrada intentar preservar el legado que aún atesoro encerrado en tinta, y franca ironía, tú me has dado la respuesta: en ese maldito pc has hecho un pedido que pronto llegará, llamarán a la puerta, abrirás, veré de nuevo ese ser de apariencia corriente que lleva dentro, como yo, un caudal de emociones.

Esta vez, él sabrá hacerlo, lo sé: mi cartero con alma de poeta encontrará la manera, cuando vuelva a utilizarme para firmar, de olvidarme para siempre en su bolsillo.